

EL DÍA DE LOS ESPEJOS

Salimos corriendo del salón de belleza como almas que lleva el diablo, cómo si se nos hubiera hecho tarde para llegar al infierno. Jimena me miraba angustiada, yo le devolví la mirada tratando de serenarla. Sacamos la mano al taxi que se aproximaba pegado a la acera. El taxista nos miró a través del vidrio panorámico. Se detuvo con lentitud. Jimena se apresuró a abrir la puerta trasera y subió como empujada por el miedo, yo la seguí y me senté a su lado, tomé su mano tratando de calmarla.

—¿A dónde se dirigen? —Preguntó el taxista con voz de borrego.

—Vamos al barrio Palermo —contesté con la voz ahogada—. El taxista ajustó el taxímetro y arrancó con un movimiento brusco. Nuestras manos agarradas como dos pinzas sudaban, Jimena soltó mi mano.

—Fabiola —dijo luego de un largo silencio—, solo nos pasan esas cosas a nosotras.

El taxista nos miraba con intensidad a través del espejo retrovisor, me acomodé en el asiento y junté las piernas. El tipo dejó de mirar con morbo. Miré a Jimena que llevaba el rostro pegado al vidrio, con el pensamiento confuso en la lejanía. No supe que decir. Eran

tantas las emociones esa mañana, desde el momento en que nos encontramos en el centro, para ir al salón de belleza.

Había amanecido en la casa de Jorge enredada en su cuerpo. Él había salido temprano a trabajar, yo me quedé otro rato arrullada por el calorcito de las cobijas. Un «te amo Fabiola» y un beso sonoro sobre mi mejilla, pareció algo lejano perdido entre sueños. Me levanté a las diez de la mañana, me duché y dejé que el agua arrancara de mi piel el sudor de Jorge, yo no quería, pero no había más remedio que bañarme. A las once tenía la cita con Jimena en el centro, me apresuré y me vestí con la misma blusa sin mangas del día anterior. No desayuné por el afán de cumplirle a mi amiga.

Salí del apartamento con rumbo a la parada del bus, caminaba por la acera y un rayo de sol calentó el ambiente, un gris plomizo comenzaba a cubrir el cielo de la ciudad. Un recuerdo efímero invadió mi cabeza y recorrió toda la espina dorsal hasta el medio de mis piernas, era las manos de Jorge acariciándome con deseo, un suspiro tímido se escapó de mis sentimientos. Recordé la cita con Jimena y la sensación orgásmica con Jorge desapareció.

Esperé quince minutos la llegada del bus, venía con todas las sillas ocupadas y no tuve más remedio que viajar hasta el centro de pie. Aproveché para mirar a través de la ventana y recordar cada instante de la noche anterior; comencé a sudar y la libido se apoderó de mis pensamientos, Jorge me dominaba de cabeza a

pies. La arquitectura desigual de la ciudad pasaba ante mis ojos, fugitiva según la velocidad del automotor. Poco a poco nos acercábamos al centro, el agua comenzaba a escaparse de las nubes y pequeñas gotas caían sobre los vidrios panorámicos.

Me regocijaba la dicha que inundaba mi cuerpo. Había olvidado traer un paraguas. Llegué al centro y me bajé cubriéndome la cabeza con las manos, me ubiqué debajo del alero de una caseta de comestibles. El aguacero arreciaba y me faltaban algunas cuadras para llegar al sitio convenido con Jimena. Luego de un rato decidí avanzar sin importar que la lluvia arreciara, algunas cuadras adelante, la lluvia se ausentó. Jimena me esperaba de pie en la esquina oriental de la plaza. Un rayo tímido de sol se colaba entre las nubes grises. Jimena sonrió y levantó su brazo para que la pudiera ubicar desde la distancia. Ella vestida con un jean que resaltaba su generosa cadera. Su cintura delgada le daba una sensación de levedad, sus senos debajo de la blusa parecían ocultarse de las miradas glotonas. Me besó en la mejilla con sus labios rosados, húmedos y delicados, mi piel se erizo al contacto.

La mire y me pareció tan bella (ella es mi amiga y la quiero desde siempre). Nos conocimos desde la escuela, cuando iniciamos la primaria con la profesora Bertha, ella nos enseñó a leer y a escribir, para esa época la profesora era mayor, me imaginó que sino ha muerto debe estar viejita. Era una persona muy cariñosa y nos acogió con amor en su escuela. Allí me hice amiga

de Jimena desde el primer instante, éramos pequeñas, delgadas e indecisas. Nuestra amistad se fortaleció con el paso de los años escolares y nuestras constantes travesuras. Jimena siempre ha sido la más arriesgada en el momento de tomar decisiones, ella no pensaba en las consecuencias que pudieran traer nuestros actos infantiles. Como el día que nos escapamos del colegio en busca del primer amor de mi amiga. Estábamos en el descanso de la mañana y sin decirme nada me cogió de la mano y me indicó con sus ojos que saliéramos, pasamos por la portería en el preciso instante que el celador atendía los reclamos de una madre airada.

—¿Para dónde vamos?

—Acompáñame hasta allí —dijo con seguridad.

Bajamos por una calle unas cuantas cuadras y fue en ese preciso instante que nos perdimos y no reconocimos el camino de regreso.

—Por tu culpa nos perdimos —dije ofendida.

—En lugar de ponerse de mal genio ayúdame a buscar una casa con rejas rojas —dijo—. En esa casa vive mi amor platónico.

—No sea boba —dije de mal genio—. Y si encontramos la casa ¿Qué vamos a hacer?

—Pues golpear —contestó enojada.

—¿Está segura que él está ahí?

—Claro que él está en casa, no ve que hoy no fue a estudiar —dijo con seguridad.

Caminamos por varios minutos por aquel barrio desconocido para nosotras, no vimos por ningún lado

una casa con rejas rojas. No recuerdo cómo volvimos al colegio, pero que regresamos sí fue seguro.

—Gracias por venir —dijo Jimena con voz dulce, me tomó de la mano y me indicó el camino para llegar a la sala de belleza—. Es allí a dos cuadras.

Caminamos por la acera que comenzaba a ser habitada por vendedores ambulantes y peatones. Después del fuerte aguacero, indecisos rayos de luz se colaban por las nubes fugitivas. Todo se volvió a llenar de color y alegría.

—Vamos a comer algo antes de entrar a la sala de belleza —dijo Jimena.

—Me gusta la idea amiga —dije con aprobación.

Encontramos por el camino un café y nos sentamos en una de las mesas que daban a la avenida. La imagen que pasaba por el ventanal parecía una inmensa pintura realista.

—Qué bonito paisaje —dijo mi amiga.

Sentadas una al frente de la otra, nos miramos con cariño y profundidad, nuestros ojos brillaron de amor fraterno.

—¿Cómo te fue con Jorge? —Dijo recordándome la cita de la noche anterior.

—Si te contará, te mueres de la envidia.

—Sí él está como mandado hacer, mejor ni me acuerdo —dijo con voz sarcástica.

Traté de evadir el tema, pero ella insistió en que le contará los pormenores de mi cita. Le conté uno por uno los detalles, como para que sintiera envidia, ella

me escuchó todo el tiempo, mientras yo sentía que mis piernas se humedecían del deseo.

—¡Ya no más! —Dije mirando con complicidad a Jimena.

Ella me devolvió la mirada llena de ingenuidad.

—Está bien amiga, no me cuente más porque la veo arder en pasión —dijo con picardía—, luego una risa infantil invadió la tranquilidad del café. Después del tentempié nos encaminamos a la sala de belleza. Allí nos esperaba una negra voluptuosa de ojos grandes y sonrisa amable.

—Qué culo tiene tu amiga —dije asombrada de ver aquellas nalgas.

—No es sólo culo, también se manda tremendo pene —dijo Jimena con tono pícaro (acariciando sus labios).

La mire alucinada por no sé cuánto tiempo.

—Tranquila hija —dijo la estilista—, estoy acostumbrada a deslumbrar y soltó la carcajada, que luego fue acompañada en coro por dos mujeres sentadas en las sillas de peinado. En todo caso, aquella mujer me pareció una negra hermosa, no dejé de mirarla todo el tiempo que duró el tratamiento de Jimena.

—Vamos amiga despabílese —dijo Jimena desde su silla, casi gritando—. Volví a la realidad de la sala de belleza y pude apreciar que las cuatro paredes estaban decoradas con espejos. Al mirar en uno de ellos, pude apreciar que las imágenes se repetían hasta el infinito. Vi a Jimena sentada en su silla miles de veces y a su

estilista repetida las mismas veces. Los objetos corrían similar suerte de repetirse hasta el cansancio. Según el ángulo y la pared de plata a la que mirara, todo seguía su constante repetición, todo quedaba atrapado en el capricho de los espejos. Sentí algo de temor.

Jimena miraba un punto fijo en el vidrio del frente, no respiraba, no parpadeaba. Un frío helado recorrió mi espalda. Ella inmóvil, lo demás aparentaba normalidad. Sentí que algo andaba mal. Me puse alerta, pero un cansancio lejano, puso mis párpados pesados, trataba de abrir los ojos, pero no podía. Un sueño solapado invadió mi cuerpo. Abrí los ojos y todo simuló normalidad en la sala de belleza. Jimena sonreía con los comentarios de su estilista. La mujer alisaba el cabello de su cliente, para dar por terminado su encargo. Mi amiga lucía bellísima, alegre, más bonita. Observé como se levantaba de la silla. Su cuerpo desnudo se repetía en los espejos del salón, la mujer negra la cubría con su enorme cuerpo, sus brazos la atenazaban con ternura y se fundían en un solo ser, mi amiga penetrada gemía de pasión, sus cuerpos en un mismo ritmo se zarandeaban sobre el aire, como si flotaran. Aquella imagen se repetía en los espejos, la mujer me miraba con ojos brillantes. Yo esquivaba la mirada pasional. En ese momento, percibí que en uno de los espejos no se repetía las imágenes de los otros espejos. ¿Será la imagen real? —Pregunté al aire—. Volví la mirada esperando no ver nada. Un bacanal desbordaba los espejos, cuerpos desnudos se entrelazaban entre gemidos y ri-

sas. Hombres y mujeres se enredaban en una sola carne. El olor de los fluidos corporales inundó el ambiente de la sala. Un asco perpetuo se apoderó de mi ser. No era posible tanto libertinaje. Mi mano acariciaba con desespero mi genital húmedo. Mis dedos frotaban con fuerza y delicadeza mi punto débil. Un largo suspiro se escapó de lo más profundo, un suspiro agonizante. Risas lejanas invadían mis oídos. Jimena lloraba de alegría, mientras la mujer negra pasaba su lengua por sus labios humedecidos de alegría. El olor me despertó.

Jimena continuó observando el espejo frente a ella. No apartó la mirada. Sus ojos paralizados miraron un punto fijo en el espejo, una expresión de horror se dibujó en su rostro, el miedo se apoderó de su cuerpo. Inmóvil, estática, ve con espanto como los hombres y mujeres, que hace unos minutos se fundían en un solo cuerpo de pasión, ahora ante su incredulidad, se masacraban unos con otros y ella allí, sentada en medio de la matanza: la sangre manchó de rojo los espejos, el cuerpo desnudo de mi amiga se salpicaba de sangre. Yo en la silla de espera no daba crédito al ver semejante exterminio a través de los vidrios plateados del salón de belleza.

—¡Fabiola! —Gritó Jimena.

Su llamado me abrumó en lo más profundo del cerebro, nunca la había sentido tan desesperada, mi amiga despertaba de su trance hipnótico.

—¿Qué está pasando? —Preguntó exasperada—
¿Por qué estoy desnuda?

—Y... ¿...tu ropa? —Volvió a interrogarme.

Quedé congelada por un instante eterno, mi amiga lloraba desconsolada, mientras miraba sus manos manchadas de sangre, pasaba una y otra vez sus manos sobre su tersa piel, el líquido sanguíneo no dejaba de salpicarla. Intentó levantarse, pero su cuerpo parecía pegado a la silla, lloró con más angustia. Los nervios invadieron mi fortaleza. Impotente observaba a mi amiga tratando por todos los medios de escapar de la temida muerte. Sin coraje me lancé sobre mi amiga y la jalé con el último vigor de fuerza que me quedaba. Ella cayó al piso. Nos levantamos como pudimos, nuestros cuerpos desnudos se apoyaron en los diferentes elementos del salón. Al pasar por el frente del espejo del fondo, la imagen reflejada en él nos mostraba una imagen similar, como en el momento en el que habíamos llegado al salón de belleza.

Jimena miró atrás y un hombre desnudo con ojos iracundos y un cuchillo en la mano, se lanzaba contra nosotras. Mi amiga me jaló del brazo y corrió delante de mí (yo no vi al individuo), pero corrí como alma que lleva el diablo. En la calle aprecié que estábamos vestidas, sin ninguna muestra de violencia o sangre sobre nosotras. Sin ponernos de acuerdo sacamos la mano parando el taxi que se aproximaba. Luego de veinte minutos de viaje llegamos al barrio Palermo. Nos deja por acá, dije con voz temblorosa. El taxista orilló el auto a la acera, pagué el pasaje y nos bajamos aún con las piernas temblorosas. Empujé la puerta de la reja y estando

adentro respiré profundo, sentí la humedad del jardín y la tranquilidad volvió. En la casa abracé a Jimena.

—¿Qué fue lo que pasó? —Jimena no dijo nada. Su mirada se ausentó en la lejanía. Después de un silencio frío, dijo:

—Los espejos de esa sala de belleza estaban embrujados, prefiero no recordarlo. Eso que vi y que viví en carne propia no se puede expresar en palabras. En el momento en que me senté en la silla para que la negra me arreglara el cabello, todo se transformó. No sé qué es realidad y qué no lo es. Es muy difícil saberlo. Del placer y el goce erótico se pasó de una manera inexplicable a un escenario de muerte, todos luchaban entre sí y yo allí en el medio, como clava a la silla. No me podía mover por más que lo intentaba. La sangre de los heridos me bañó por completo, nadé en aquella sangre que otros dejaron olvidada.

—Amiga —me miro Jimena con los ojos cansados y aterrorizados:

—¿Tú que viste? —Me preguntó.

—Lo vi todo —contesté—. Ella se estremeció de miedo, su mirada se perdió en un instante.

Tratamos de vivir una vida normal después de aquel evento, nada fue igual. Continué mi noviazgo con Jorge, aunque no en serio. Seguí enamorada en silencio de Jimena, nunca le comenté mis sentimientos, ella pareció no notarlos. Todas las noches recuerdo las escenas de los espejos en el salón de belleza, la desnudez y la pasión de Jimena cuando la negra la estaba amando,

no olvido su cuerpo entregado al límite de la pasión. Todos los sábados en la tarde nos encontramos para ir al cine, allí en la sala oscura siempre tomo su mano para ver la película, ella parece no molestarse y eso me hace feliz. El día en el salón de los espejos nos cambió la vida, nos marcó para siempre. Tratamos al máximo de no hablar de ese tema entre las dos o con otros. Jimena sigue teniendo pesadillas donde el hombre desnudo con el cuchillo la persigue hasta alcanzarla, ella muere en cada pesadilla apuñalada por aquel hombre, éste cambia de rostro siempre. En algunas ocasiones tiene el rostro de Jorge, en otras el rostro de su papá también ha visto el rostro del profesor de matemáticas. Ayer me dijo que en la pesadilla de antenoche el hombre había tomado mi rostro. Lo único que pude expresar fue una sonrisa nerviosa.

—¿Cuándo pasará todo esto? —Me preguntó— ¿en algún momento?

—No sé amiga.

El sábado anterior de camino al cine, fuimos por una de las avenidas mirando las vitrinas del comercio, estábamos entretenidas viendo zapatos y vestidos. Ella se puso nerviosa.

—¿Qué te pasa?

—Nada, es sólo que sentí un poco de temor.

No preste atención a la situación y caminamos rumbo al cine. En la sala sentadas esperando el inicio de la proyección, Jimena rompió el silencio. Amiga, dijo:

—¿Puedo confesarte algo?

—Claro... lo que quieras, contesté entusiasmada.

—Cuando mirábamos las vitrinas tuve una visión en uno de los espejos del almacén.

—¿Qué viste? —Pregunté curiosa.

—Vi en él... a la negra de la sala de belleza, ella me hacía señas con la mano para que la siguiera, sentí miedo. Pero eso no es nada, cuando hacíamos la fila para entrar a la sala, ella pasó por la calle y me miro. Me invitó con sus ojos grandes y redondos a seguirla.

Un silencio largo nos congeló el alma.

—Estoy muerta de miedo —dijo.

La proyección de la película no la pudimos disfrutar, un halo de frío nos cubrió. No dijimos ni una palabra. La dejé en su casa y de regreso en la mía me encerré en mi cuarto a llorar de desesperación. Dejamos de vernos por algún tiempo por solicitud de Jimena, en ocasiones nos hablábamos por teléfono, pero todo se reducía a un corto saludo y a un te amo agónico. No dejó de pensar en ella y en sus horribles pesadillas. Pobrecita como esta sufriendo, pensaba. Jimena decidió viajar al exterior con la excusa de hacerse un tratamiento médico, con el fin de buscarle una solución a sus pesadillas.

—Me voy amiga.

—¿Cuándo viajas?

—Ya, en este momento —contestó con voz ausente—, salgo para el aeropuerto, sólo quería despedirme de ti, amiga prométeme que te cuidarás —me dijo; luego de un silencio agregó—, bueno... te dejo... deséame lo mejor.

—Suerte amiga —dije.

Luego no la escuché más.

Nunca volví a saber de ella, se esfumó y desapareció para siempre de mi vida. He regresado al salón de belleza, allí la negra sigue con su negocio, me gusta ir de vez en cuando a hacerme el cabello o las uñas, como pretexto para seguir viendo a Jimena atrapada en aquellos espejos. Sólo en los espejos del salón de belleza la puedo amar con total libertad.